

*los perseguidos, sabiendo que de él sólo pueden recibir amparo y no prebendas es algo que hace de don Gregorio Marañón un templo de bondad y de decencia. Y el gran maestro de la cardiología mundial, Chávez, escribía a la muerte de Marañón: Ya usted no me puede oír, querido Maestro en todo. Se ha frustrado la máxima ilusión de mi vida: verle a usted en persona, sentir esa mano que sólo escribió bondades rozando la mía, enorgullecerme de hacer su presentación y oír de su propia voz, que tan galante fue por teléfono, las lecciones de verdades que usted nos enseñó a leer. ¿Por qué, por qué ahora que usted iba a honrarnos, tenemos que perderle e inventar el modo de poder hablar del Marañón que fue sabiendo de nuestra pobreza para escribir algo que nunca podrá aproximarse a la verdad?...*

No me resisto a silenciar una anécdota de Marañón que quizá puso sobre la pista de la enfermedad que le llevó a la muerte; tiene conexión con lo que vengo comentando respecto a su tolerancia, porque en esa ocasión se desbordó. Fue en el banquete final de un congreso de endocrinología que tuvo lugar en Valladolid pocos meses antes de su fallecimiento. Hablaba Marañón con los que más próximos estaban y surgieron comentarios sobre Baroja, Unamuno, Valle Inclán, Ortega y creo que Pérez de Ayala, y un sacerdote joven intervino en la conversación comentando que aquéllos estaban condenados. Entonces Marañón, con una violencia en él desconocida, dio un fuerte puñetazo en la mesa (temblaron copas y botellas) y dirigiéndose al comentarista con ojos desorbitados gritó: *¿Cómo es usted capaz de decir eso? ¿Quién le ha dado a usted la patente de la condenación? ¿Es que toma usted todas las tardes el té con la Providencia?* El cura en cuestión, hoy creo que dirigente de una conocida revista, se asustó y avergonzado pidió perdón exculpándose; pero Marañón quedó nerviosísimo. Aquella reacción, inesperada en un hombre tan moderado, hizo pensar a uno de los presentes que alguna enfermedad estaba haciendo mella en su cerebro. ¡Qué poco tiempo tardó en confirmarse la premonición! Sólo estando muy enfermo podría Marañón salirse de madre.

#### *Cuarta. Servidumbre al afán de saber*

Una servidumbre multidireccional a todas las vías del saber médico y del pensar, que era puro amor a las cosas. Véanse estas palabras que escribió en el prólogo a la biografía que le hizo Almodóvar:

Usted amigo Almodóvar... ha hecho, con admirable paciencia, su visión de un hombre de la calle, de un naturalista [¿por qué se autocalificó tantas veces así?] cuyo único mérito reside en que a pesar de los años [tenía 65], está todavía en la luna de miel de su amor a las cosas...

A las cosas todas. Véase la estimación que Marañón, tan europeo, dispensaba a los Estados Unidos:

Querido Vega: Recibí sus cartas. Las dos interesantísimas, la segunda apasionante. Es de las cartas que se releen y se guardan. En los momentos de desesperanza, que algunas veces pasan por el espíritu, conforta ver que hay españoles con espíritu universal y generoso, capaces de ver todo, de comprenderlo todo y de injertarlo en lo español. Alguna vez me oyó usted críticas, cierto que superficiales y humorísticas, al voraz apetito con que los americanos digieren, eliminan y olvidan el pasado europeo. Pero esto es minúsculo comparado con la grandeza del papel que ese país juega hoy en la historia del mundo y con la dignidad, la eficacia y el acierto con que lo juega. Los que en Europa hablan despectivamente de América, son resentidos. En efecto, la inmensa ventaja que nos llevan a los pueblos viejos es la generosidad. Si en el pequeño círculo

nuestro no diéramos otra lección que ésta, ya sería bastante. Porque la ciencia se adquiere rápidamente. Pero el ser generoso cuesta muchas generaciones. La rapidez del auge científico de los Estados Unidos que algunos miopes achacan a la emigración de las grandes cabezas europeas, se debe a que estas cabezas han caído en un ambiente de generosidad colectiva y estatal, ya madura. Sin ello nada hubieran hecho. Esto es mucho más importante que los mismos medios materiales...

Estoy seguro de que aprovechará usted magníficamente los días que esté ahí, que dejará el nombre de España a la altura debida, quizá más que la merecida; y que el influjo de usted, a su vuelta, será útil para todos. Anote usted los instrumentos que pudieran serle útiles, con sus precios. Creo que las impresiones son bastante buenas respecto a la posibilidad de pagar ahí lo que sea preciso...

Dé un saludo muy cordial a Ochoa y a todos los amigos españoles o sudamericanos que encuentre. A Ochoa le enviaré un Antonio Pérez en cuanto tenga ejemplares. Con un fuerte abrazo de su amigo, Marañón.

### *Quinta. Concepto idealizado del quehacer*

Un concepto idealizado, al decir de Arango, del quehacer cotidiano, considerándolo como trabajo moralmente ineludible y grato y sin admitir el ocio como posición humana, aunque disculpándolo y hasta admirándolo en los otros; más aún, utilizando todo lo que de jocosos pueda tener el trato entre los hombres para su propio enriquecimiento cultural del cual hacía partícipes a los amigos. A propósito del deleite que los demás le causaban reproduce Celso Arango estas palabras del propio Marañón: *Pero, Dios mío, lo mejor del mundo lo han hecho siempre los deleitantes, los que hacen las cosas por deleite, por amor, y no por obligación y rutina; los que obedecen al deber inventado y no al deber impuesto. Yo creo —escribió en otro lugar— que uno de los elementos de mi felicidad es precisamente el ser capaz de no estar satisfecho nunca.*

Por muchos se cree que el descanso de Marañón —«descanso teórico», dijo alguien— estaba en su Toledo —muchos pensamos que Toledo era suyo—. Esto del reposo toledano tiene mucho de verdad, pero se daba la circunstancia de que Marañón descansaba de su trabajo médico pensando, escribiendo, corrigiendo pruebas de imprenta —yo le vi corregir con sus manos y añadir frases enteras en las galeradas de la primera o segunda edición de su «Antonio Pérez»—, es decir, trabajando en otras tareas y recibiendo a los amigos. Igual que las sabatinas eclesiales son oficios litúrgicos del sábado, los atardeceres de sus sábados y domingos eran verdaderas sabatinas o dominicales litúrgicos de la amistad en Marañón, que en esas fechas invitaba a chocolate con migas, a finos jereces españoles, a perdices toledanas con vino de Yepes, etc.

Marañón no sólo sabía mucho de gastronomía, sino que tenía para los alimentos o bebidas que le emocionaran y de las que gustaba siempre con moderación, sin gula, calificativos entusiásticos. En 1952 le traje de Asturias un queso de «afuega el pitu» que le entregué en mano a la una y media de la tarde; a las seis de ese mismo día me puso una tarjeta en la que decía que aquello era como una *Summa Theologica*. Hay una conocida carta a Sebastián Miranda que constituye un derroche de sentimientos manducatorios. A finales de 1953, en un viaje a Tudela, con motivo del aniversario de Servet, cuando salíamos de almorzar en casa del Alcalde una excelente menestra, Marañón dijo a éste: *Esa menestra que usted nos ha ofrecido merecía al final una oración de gracias a Dios.*

Los que alguna vez hemos interferido en su *hobby* de fin de semana sabemos que la finísima sonrisa habitual de Marañón, frunciendo un poco la comisura bucal hacia un lado, era esa día más abierta, como más expedita, como si en esas fechas su respiración fuera más honda y felizmente suspirosa. Junto a la chimenea encendida o en la balconada frente a Toledo, o en aquel semisótano de aislamiento para escribir, Marañón disfrutaba de los amigos, porque *precisaba la convivencia con los amigos de su ilimitado círculo* (Arango), les mostraba los objetos o libros más queridos y hacía comentarios inolvidables. Seguramente estudiaba las reacciones de los visitantes y quizás los enjuiciaba comprendiendo que algo que hacíamos los demás no debería hacerse nunca, pero disculpándolo. Yo siempre me sentí apocado en su presencia temiendo no alcanzar el nivel de trato que él merecía, con más razón esos días de Toledo, pues me parecía que atentaba contra algo sagrado, contra eso que su hijo Gregorio calificó de «su domingo». González Ruano cuenta la impresión emocionante que le produjo ver a Marañón en la catedral de Toledo teniendo entre sus manos la corona de Castilla mientras explicaba cómo había sido hallada. Otro día que Ruano telefónicamente dudó ante doña Lola, respecto a ir o no a Toledo, por temor a molestar a don Gregorio, aquélla le contestó: *No, un solo día no vinieron los amigos y Gregorio se puso de muy mal humor...* Hasta su esposa disculpaba a los estorbadores con elegancia impar. ¿Podría imaginarse algún paseo de Marañón por Toledo en el que no aprendiera algo, del que no obtuviera algún fruto, que después transcribía a los textos con su inigualable lucidez, que no comentara con sus acompañantes?

Todos los grandes hombres del siglo XX han pisado con emoción el Cigarral de Los Dolores, que debería ser ya, a estas horas, monumento nacional. Yo confieso que las dos únicas veces que me invitó a su Cigarral tuve la sensación de encontrarme en una catedral que para mí —y no es irreverencia, ni pecado de cultura— significaba más que la catedral de Toledo, porque Marañón era un ser catedralicio.

Aquellas breves horas en Toledo, no muchas más de veinticuatro, las utilizaba también para contestar manuscritamente la correspondencia de más confianza y mecanográficamente, por su mujer, para cumplir con todos sin demora. Marañón tenía el criterio de que ninguna felicitación o ninguna respuesta debería demorarse más de veinticuatro horas.

### *Sexta. Medida del tiempo*

Manejar a voluntad el tiempo con una justísima medida del mismo para su máximo aprovechamiento. Se llamó a sí mismo «traperero del tiempo», porque —dijo a su mujer— cuando él se levantaba, los traperos ya llevaban tiempo en la calle. Yo reconozco, pasados los años y al repasar la correspondencia que con él me crucé que a veces le robé el tiempo haciéndole leer largas cartas mías; y que las leía era indiscutible, a juzgar por sus respuestas. Por eso tenía uno, siempre encima la cuestión de ser un ladrón que le robaba tiempo, que no respetaba lo que él más necesitaba. Con razón escribió Ruano que con Marañón había que tener una «amistad homeopática», para no hurtarle minutos de su vida. Para poner de relieve su especulación del tiempo, sirva este detalle muy privado, pero encantador, que yo descubrí la tercera vez que con su mujer cenó en mi casa y que se repitió, de modo parecido, en la cuarta: la sagacidad e inteligente